

quizás algunos de sus golpes. Por lo demás, esta influencia no debe figurar entre las causas de la revolución, pues no basta un poco de oro y secretos manejos para agitar á una nación de veinticinco millones de hombres.

No tardó en presentarse ocasión para nuevos disturbios. Los guardias franceses, tropa escogida, destinada á formar la guardia del rey, se hallaban entonces en París, y destacábanse alternativamente cuatro compañías para ir á prestar su servicio en Versalles. Prescindiendo de la bárbara severidad de la nueva disciplina, éstas tropas estaban quejasas además de la de su nuevo coronel. Cierta que en el saqueo de la casa Reveillon habían mostrado algún encarnizamiento contra el pueblo; pero después lo sintieron, y mezclándose con él todos los días, acabaron por ceder á sus seducciones. Por otra parte, soldados y subalternos comprendían que e les había cerrado toda carrera; resentíanse al ver que sus nuevos oficiales no prestaban apenas ningún servicio, como no fuese para figurar en las paradas; y que después de las revistas no acompañaban siquiera al regimiento á los cuarteles. En el cuerpo había, pues, como en el pueblo, un tercer estado que servía para todo y que de nada sacaba provecho. Manifestóse la indisciplina, y algunos individuos fueron arrestados en la Abadía.

La multitud se reúne en el palacio real gritando: *¡d la Abadía!* Todos se dirigen al edificio, derriban las puertas, y conducen en triunfo á los soldados, á quienes acaban de libertar (30 junio). Mientras que el pueblo los custodiaba en el palacio real, se escribe una carta á la Asamblea pidiendo su libertad. Colocada entre el pueblo por una parte y el gobierno por la otra, que era sospechoso porque iba á obrar en su propia causa, la Asamblea no podía menos de intervenir, cometiendo una usurpación al mezclarse en la policía pública. No obstante, adoptando una resolución á la vez hábil y sabia, manifestó á los parisienses sus deseos de que se mantuviese el orden, recomendándoles que no le turbaran, y al mismo tiempo envió una diputación al rey para implorar su clemencia, como medio infalible de restablecer la concordia y la paz. Conmovido el monarca al ver la moderación de la Asamblea, prometió su clemencia cuando se restableciese el orden. Los guardias franceses fueron conducidos de nuevo á su prisión, de la cual salieron al punto por una gracia del rey.

Todo iba bien hasta entonces; pero al reunirse la nobleza á las otras dos clases, había cedido con sentimiento y sólo mediante la promesa de que la reunión duraría poco. Seguía celebrando diariamente sus sesiones y protestaba contra los trabajos de la Asamblea Nacional; pero cada vez era la reunión menos numerosa; el 3 de julio se contaron ciento treinta y ocho individuos presentes; el 10 no eran más que noventa y tres, y el 11, ochenta. No obstante, los más obstinados habían persistido, y en este último día acordaron una protesta que los ulteriores acontecimientos les impidieron redactar. La corte, por su parte, no había cedido sin sentimiento y sin objeto. Recobrada de su temor después de la sesión de 23 de junio, quiso la reunión para entorpecer la marcha de la Asamblea por medio de los nobles y con la esperanza de disolverla muy

pronto á viva fuerza. Sólo se había conservado á Necker en su cargo para encubrir con su presencia las secretas tramas que se urdían; pero por cierta agitación, y por la reserva con que se le trataba, el ministro sospechó sin duda que se maquinaba algo. El mismo rey no estaba al corriente de todo, y sin duda se había proyectado ir más lejos de lo que él quería. Necker, que creía que toda la acción de un hombre de Estado debía limitarse á razonar, y que apenas tenía más fuerza de la necesaria para hacer representaciones, hacía las inútilmente. Unido con Mounier, Lally-Tolendal y Clermont-Tonnerre, meditaban todos entre sí el establecimiento de la constitución inglesa. La corte proseguía, entretanto, sus secretos preparativos; y habiendo querido retirarse los diputados nobles, se les indujo á no hacerlo, hablándoles de un acontecimiento próximo.

Acercábanse numerosas tropas, cuyo general en jefe era el anciano mariscal de Broglie, habiéndose confiado al barón de Besenval el mando particular de las que rodeaban á París: en las inmediaciones de la capital había quince regimientos, los más de ellos extranjeros. La jactancia de los cortesanos indicaba ya el peligro, y estos conspiradores, amenazando demasiado pronto, comprometían así sus proyectos. Instruidos los diputados populares, no de los detalles de un plan que no era conocido aún del todo, y que el mismo rey ignoró en parte, sino de que se tramaba alguna cosa que hacía temer seguramente el empleo de la violencia, irritáronse como era natural, y pensaron en los medios de resistir. Ignórase, y acaso se ignorará siempre, cuál fué la parte de los medios secretos empleados en la insurrección del 14 de julio; pero poco importa: la aristocracia conspiraba, y bien podía conspirar también el partido popular. Los medios empleados eran los mismos; resta la justicia de la causa; y ésta no estaba seguramente en favor de los que deseaban separar las tres clases, disolver la representación nacional y perseguir á sus más animosos diputados.

Mirabeau opinó que el medio más seguro de intimidar al poder consistía en obligarle á discutir públicamente las medidas que se le veía adoptar. Para ello era preciso denunciarle abiertamente; y si vacilaba en contestar, si eludía la respuesta, estaba ya juzgado; la nación quedaba advertida y en guardia.

Consigue Mirabeau que se suspendan los trabajos de la constitución y propone pedir al rey que se retiren las tropas. En las palabras de su discurso se mezcla el respeto al monarca con las más severas censuras al gobierno: dice que diariamente avanzan nuevas tropas; que todas las salidas están interceptadas; que los puentes y los paseos se han convertido en puestos militares; y que varios hechos públicos y ocultos, órdenes y contraórdenes precipitados, llaman la atención de todo el mundo y anuncian la guerra. Haciendo después algunas amargas reconvenções, añade: «Se presentan á la nación más soldados amenazadores de los que encontraríamos tal vez en una invasión enemiga, y cuando menos mil veces más de los que se han podido reunir para socorrer á unos amigos mártires de su fidelidad, para conservar esa alianza de los holandeses, tan preciosa para nosotros, con tantos sacrificios adquirida, y que tan vergonzosamente se ha perdido.» El discurso

de Mirabeau obtiene ruidosos aplausos, y adóptase su proposición; pero como al solicitar la retirada de las tropas pedía que se reemplazasen por guardia urbana, suprímese este párrafo, y se aprueba el mensaje por unanimidad, excepto cuatro votos. En este documento, que llegó á ser célebre, y que, según dicen, no escribió

objeto que el de asegurar la tranquilidad pública y proteger debidamente á la Asamblea; que en todo caso, si ésta abrigaba aún temores, la trasladaría á Soissons ó á Noyón, pasando él mismo á Compiègne.

La Asamblea no podía contentarse con semejante respuesta, y mucho menos con el ofrecimiento de ale-



El mariscal duque de Broglie

el famoso diputado, limitándose á sugerir las ideas á uno de sus amigos, Mirabeau preveía casi todo lo que iba á suceder: la explosión de la multitud y la defeción de las tropas por sus relaciones con los ciudadanos. Tan diestro como audaz, osaba asegurar al rey que no serían vanas sus promesas. «Nos habéis llamado, decía, para regenerar al reino; vuestros deseos se cumplirán á pesar de los lazos, de las dificultades, de los peligros... etc.»

El mensaje fué presentado por una diputación de veinticuatro individuos. No queriendo el rey explicarse, contestó que aquella reunión de tropas no tenía más

jarla de la capital para ponerla entre dos campos. El conde de Crillon propuso confiar en la palabra de un rey pundonoroso; pero Mirabeau contesta: «La palabra de un rey pundonoroso es mala garantía de la conducta de su ministerio; la ciega confianza en nuestros reyes nos ha perdido; pedimos la retirada de las tropas y no que se nos haga huir ante ellas; es preciso insistir aún, y con empeño.»

Esta proposición no obtuvo apoyo, pues hartó insistía Mirabeau en los medios directos para que se le dispensasen las maquinaciones secretas, si es cierto que se emplearon.

Era el 11 de julio: Necker había dicho varias veces al rey que si sus servicios le desagradaban se retiraría humildemente. «Os cojo la palabra», contestó por fin el rey; y en la noche del 11 recibió el ministro una carta en que Luis XVI, recordándole el cumplimiento de su palabra, le invitaba á marcharse, añadiendo que confiaba en él lo suficiente para esperar que ocultaría su retirada á todo el mundo. Necker, justificando entonces la honrosa confianza del rey, se pone en camino sin notificarlo á sus amigos ni aún á su hija, y á las pocas horas se halla muy lejos de Versalles. El día siguiente, 12 de julio, era domingo: comienza á circular en París el rumor de que el ministro acababa de ser destituido, así como también MM. de Montmorín, La Luzerne, Puysegur y Saint-Priest; y anunciase que van á ser reemplazados por MM. Breteuil, La Vauguyén, Broglie, Foulón y Damescourt, casi todos conocidos por su oposición á la causa popular. Cunde la alarma en todo París y la multitud se dirige al palacio real. Un joven, conocido después por su exaltación republicana, nacido con una alma sensible, pero ardiente, Camilo Desmoulins, sube á una mesa, enseña un par de pistolas gritando: *¡á las armas!*, arranca una hoja de árbol, con la que hace una escarapela, é invita á todo el mundo á imitarle. Al momento quedan los árboles despojados de su follaje; el pueblo se dirige después á un museo de figuras de cera; apodérase de los bustos de Necker y del duque de Orleans, amenazado con el destierro, según dicen algunos; y hecho esto, se dispersa la multitud por los barrios de París. Cuando recorría la calle de San Honorato, encuentra cerca de la plaza de Vendome un destacamento del Real alemán, que acomete al pueblo, causándole varios heridos, entre otros un individuo de los guardias franceses. Estos últimos, dispuestos en favor de la multitud y contra el Real alemán, con el cual habían tenido una reyerta días antes, estaban acuartelados cerca de la plaza de Luis XV, y al punto hacen fuego á las tropas agresoras. El príncipe de Lambesc, que mandaba el regimiento, se repliega en el momento al jardín de las Tullerías, cae sobre la pacífica multitud que se paseaba allí, mata á un anciano en medio de la confusión y manda evacuar el jardín. Entretanto, las tropas que rodeaban á París se concentran en el campo de Marte y la plaza de Luis XV; el terror, no reconociendo ya límites, se cambia en furor, y el pueblo se disemina por la ciudad gritando: *¡á las armas!* La casa Ayuntamiento es el primer punto adonde todos se dirigen para pedir las: los electores que formaban la Asamblea General estaban reunidos allí; entregan las armas que no podían rehusar ya, y de las cuales se apoderaban algunos en el momento de accederse á la petición. Estos electores constituían en aquel instante la única autoridad establecida; y no contando con ningún poder activo, se arrojan los que exigen las circunstancias, ordenando la convocación de los distritos. Todos los ciudadanos se dirigen á los suyos para proponer los medios de preservarse á la vez del furor de la multitud y del ataque de las tropas reales. Durante la noche, el pueblo, que acude siempre á lo que más le interesa, derriba é incendia las barreras, dispersa á los guardas y deja expeditas todas las salidas. Las tiendas de los armeros son saqueadas completamente; y muy pronto se presentan armados de

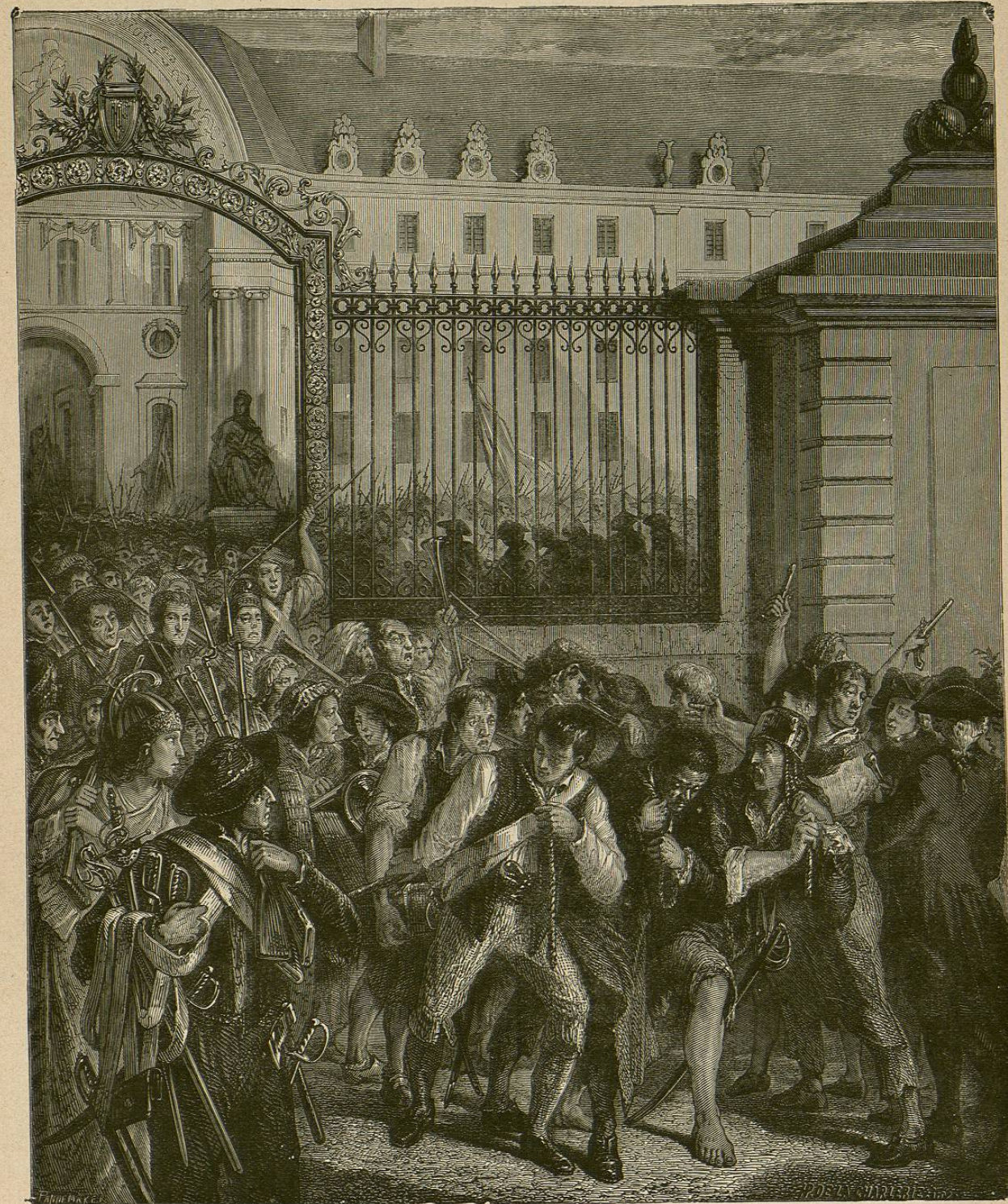
picas y palos aquellos forajidos que se habían dado á conocer en la casa de Reveillon, que se vieron después en todas las ocasiones, como salidos del fondo de la tierra, y que siembran la consternación y el espanto. Estos acontecimientos habían ocurrido durante el domingo 12 de julio y en la noche de este día al lunes 13. Llegada la mañana, los electores, siempre reunidos en la casa Ayuntamiento, créense en el deber de legalizar su autoridad, y en su consecuencia llaman al preboste de los mercaderes, que es el gobernador ordinario de la ciudad. Éste no consiente en ceder sino mediante un requerimiento en debida forma. Hácese así en efecto, y agregándosele como auxiliares cierto número de electores, se constituye una municipalidad revestida de todos los poderes, la cual manda llamar al jefe de policía y redacta en pocas horas un plan de armamento para la milicia ciudadana.

Esta milicia debía constar de cuarenta y ocho mil hombres, presentados por los distritos. Acordóse que el signo distintivo fuera, en vez de la escarapela verde, la usada por los parisienses, de color rojo y azul. Todo hombre sorprendido con armas y que llevara este distintivo sin haber sido alistado por su distrito en la guardia ciudadana, debía ser detenido, desarmado y castigado. Tal fué el primer origen de los guardias nacionales. Adoptado el plan por todos los distritos, apresuráronse á ponerle en ejecución. En el transcurso de la misma mañana, el pueblo saqueó la casa de San Lázaro para buscar granos; allanó después el Guardamuebles, á fin de apoderarse de cuantas armas hubiese, y sacó de allí al mismo tiempo varias armaduras antiguas, las cuales se pusieron algunos. Entonces se vió á una parte de la multitud con cascos y picas, recorriendo toda la ciudad. El pueblo comenzó á mostrarse después enemigo del pillaje; con su acostumbrada movilidad, mostrábase desinteresado, respetaba el oro y sólo cogía las armas, deteniendo por sí mismo á los ladrones. Los guardias franceses y las milicias del resguardo habían ofrecido sus servicios, y se les alistó en la guardia urbana.

Seguíase pidiendo armas á gritos; el preboste Flesselles, que al principio se había resistido á sus conciudadanos, mostrábase ya muy celoso, prometiendo doce mil fusiles para aquel mismo día y mayor número para los siguientes, pues aseguraba haber hecho cierta compra á un armero desconocido. La cosa parecía difícil, sobre todo teniendo en cuenta el poco tiempo transcurrido; pero llegada la tarde, son conducidos á la casa Ayuntamiento los cajones indicados por Flesselles; ábrenlos al punto y los encuentran llenos de trapos viejos. Al ver esto, la multitud se indigna contra el preboste, quien asegura haber sido engañado, y para calmarla, dirígela al convento de los cartujos, diciendo que allí encontrará armas. Asombrados los hermanos, reciben á la furiosa multitud, introducenla en su retiro y consiguen convencerla de que no tienen nada de lo indicado por el preboste.

El pueblo, más irritado que nunca, vuelve gritando *¡traición!* y para aplacarle se mandan fabricar cincuenta mil picas. Varios cajones de pólvora que eran conducidos á Versalles por el Sena, caen en poder de la multitud, y un elector hace la distribución en medio de los mayores peligros.

Reinaba la más horrible confusión en aquel Ayuntamiento, residencia de las autoridades, cuartel general de la milicia y centro de todas operaciones. Era necesario atender á un tiempo á la seguridad exterior, amenazada por la corte, y á la interior, que lo estaba por los bandidos; á cada momento se debían alejar las sospechas del pueblo, que se creía vendido, y librar de su furor á los que excitaban su desconfianza. Continuamente se veían coches detenidos, convoyes interceptados, y viajeros que esperaban permiso para proseguir su marcha. La casa Ayuntamiento estuvo de nuevo amenazada durante la noche por los forajidos: un elector, el



El pueblo se apodera de las armas custodiadas en el cuartel de los Inválidos

sario atender á un tiempo á la seguridad exterior, amenazada por la corte, y á la interior, que lo estaba por los bandidos; á cada momento se debían alejar las sospechas del pueblo, que se creía vendido, y librar de su furor á los que excitaban su desconfianza. Continuamente se veían coches detenidos, convoyes interceptados, y

valeroso Moreau de Saint-Mery, encargado de la vigilancia, manda traer algunos barriles de pólvora y amenaza pegar fuego, lo cual es suficiente para que se aleje aquella canalla. Entretanto los ciudadanos que se habían retirado á sus casas preparábanse para todo género de ataque; acababan de desempedrar las calles, abrieron

zanjas, y adoptaron todos los medios posibles para resistir un sitio. Durante estos trastornos reinaba grande consternación en la Asamblea, que habiéndose reunido en la mañana del 13, alarmada por los acontecimientos que se preparaban, ignoraba aún lo ocurrido en París. El diputado Mounier protesta el primero contra la retirada de los ministros; Lally-Tolendal, subiendo después á la tribuna, hace un magnífico elogio de Necker, y ambos se reúnen para proponer se redacte una exposición en la cual se pidiera al rey el regreso de los ministros que han caído en desgracia. Un diputado de la nobleza, Mr. de Virieu, propone hasta confirmar los acuerdos de 17 de junio por medio de nuevo juramento; pero Mr. de Clermont-Tonnerre se opone á esta medida como inútil; y recordando los compromisos contraídos ya con la Asamblea, exclama: «Habrà Constitución ó dejaremos de existir.»

La discusión se prolonga, cuando se recibe noticia de los trastornos de París, durante la mañana del 13, y de las desgracias que amenazan á la capital entre franceses indisciplinados que, según la expresión de Larocheffoucauld, no dependían de nadie, y extranjeros disciplinados que servían al despotismo. Acuérdate al punto enviar una diputación al rey á fin de poner en su conocimiento el triste estado de la capital, y suplicarle ordene la retirada de las tropas, substituyéndola con guardia urbana. El rey contesta fríamente, con una indiferencia impropia de sus sentimientos, y repite que no se puede proteger á París sin dichas fuerzas. La Asamblea, revisiéndose entonces del más noble valor, toma un acuerdo memorable, en el cual insiste en la retirada de las tropas, así como en el establecimiento de la guardia urbana; declara responsables á los ministros, á todos los agentes del poder y á los consejeros del rey, *de cualquier rango que fueren*, de las desgracias que se preparan; consolida la deuda pública; prohíbe pronunciar el nombre infame de bancarrota; insiste en sus precedentes acuerdos, y encarga al presidente que ofrezca á Mr. Necker, así como á los demás ministros en desgracia, la expresión de su profundo sentimiento. Después de adoptar estas medidas tan enérgicas como prudentes, la Asamblea, deseosa de preservar á sus individuos de toda violencia personal, se declara en sesión permanente, encargando la vicepresidencia á Mr. de Lafayette, para aliviar al respetable arzobispo de Vienne, que á su avanzada edad no podía permanecer sentado tantas horas.

La noche del 13 al 14 pasó así en medio del trastorno y las alarmas: á cada momento llegaban noticias funestas que se contradecían después; no eran conocidos todos los proyectos de la corte; pero sabíase que estaban en peligro varios diputados, y que se iba á emplear la violencia contra París y los representantes más notables de la Asamblea.

Suspendida un momento la sesión, vuelve á continuarse á las cinco de la mañana del 14 de julio.

Demostrando una calma imponente, la Asamblea prosigue los trabajos de la Constitución; discute con mucho acierto los medios de establecerla cuanto antes, planteándola con prudencia; y para tratar de los diversos puntos, nombra un comité constituido por el obispo de Autún, el arzobispo de Burdeos, Lally, Clermont-Tonnerre, Mounier, Sieyes, Chapelier y Bergasse. Pasó

la mañana, y durante ella recibíéronse noticias cada vez más funestas; decíase que el rey iba á marchar por la noche y que la Asamblea quedaría entregada á varios regimientos extranjeros. En aquel momento se acababa de ver á los príncipes, á la duquesa de Polignac y á la reina, paseándose en el Naranjal, halagando á los oficiales y soldados y distribuyéndoles refrescos. Creíase que se había ideado un gran proyecto para la noche del 14 al 15; que París debía ser atacado por siete puntos distintos á la vez; el palacio real invadido, la Asamblea disuelta y la declaración del 23 de junio presentada al Parlamento, y por último, se atendería á las necesidades del tesoro por medio de la bancarrota y los billetes del Estado. Cierta es que estos últimos estaban fabricados ya; que los jefes de las tropas habían recibido orden de avanzar del 14 al 15; que los cuarteles de los suizos estaban llenos de municiones, y que el gobernador de la Bastilla había huido, dejando sólo en la plaza algunos muebles indispensables. Por la tarde redoblaron los temores de la Asamblea; se acababa de ver pasar al príncipe de Lambesc á galope tendido; oíase tronar el cañón, y todos aplicaban el oído al suelo para percibir mejor los más leves rumores. Mirabeau propone entonces suspender los debates y enviar una segunda diputación al rey, la cual marcha en efecto al punto para hacer nuevas instancias. En aquel momento se presentan dos individuos de la Asamblea, que llegan apresuradamente de París; aseguran que allí se mata la gente, y uno de ellos dice haber visto un cadáver decapitado, vestido de negro. Acercábase la noche cuando se anuncia la llegada de dos electores; reina el más profundo silencio, de tal modo, que se oye el rumor de sus pasos en la obscuridad; y entonces se sabe que la Bastilla ha sido atacada; que se habían empleado los cañones; que corría la sangre, y que se temían las más espantosas desgracias. Al oír esto, resuélvese enviar una nueva diputación antes de que regrese la primera; pero llega ésta cuando iba á salir la segunda y expone la respuesta del rey. Luis XVI decía que había dado orden á las tropas para alejarse del campo de Marte, y que al saber la formación de la guardia urbana había nombrado los oficiales que debían mandarla.

Al llegar la segunda diputación, el rey, cada vez más turbado, exclama: «Señores, desgarráis mi corazón con el relato que me hacéis de las desgracias de París. No es posible que sean causa de ello las órdenes dadas á las tropas.» Aun no se había obtenido más que el alejamiento del ejército; eran las dos de la madrugada cuando se contestó á París «que se habían enviado dos diputaciones, y que se renovarían las instancias al día siguiente, hasta obtener el resultado que se debía esperar del corazón del rey, cuando extrañas influencias no contuvieran sus impulsos.» Suspendióse la sesión un instante, y por la tarde se supieron los acontecimientos del día 14.

Desde la noche del 13 se había dirigido la multitud hacia la Bastilla; disparáronse algunos tiros; y parece que varios instigadores profirieron repetidas veces el grito de: *¡A la Bastilla!* En algunas exposiciones se había expresado ya el deseo de destruir esta fortaleza; y así es que las ideas se fijaron desde luego en aquella petición. Seguíase pidiendo armas, y como circulase el rumor de que en el cuartel de los inválidos existía un

depósito considerable, dirigióse á él la multitud. El jefe, Mr. Sombreuil, manda prohibir la entrada, alegando que debe pedir órdenes á Versalles; pero el pueblo, sin escuchar razones, precipítase en el edificio, y se apodera de varias piezas y un gran número de fusiles. En aquel momento era atacada la Bastilla por una considerable multitud. Los sitiadores decían que el cañón de

quearle del mismo modo; una descarga de fusilería la detiene de improviso, y entonces retrocede, mas no sin hacer fuego á su vez. El combate se prolonga algunos momentos. Los electores reunidos en la casa Ayuntamiento oyen el estrépito de las descargas, y alarmados cada vez más, envían dos diputaciones, una tras otra, para intimar al jefe de la fortaleza que permita la en-



La Bastilla

la plaza estaba asestado contra la ciudad, y que era preciso impedir tirase sobre ella. El diputado de un distrito solicita ser introducido en la fortaleza y obtiene el permiso del jefe; al hacer la visita ve treinta y dos suizos y ochenta y dos inválidos, y la guarnición le da palabra de no hacer fuego si el pueblo no ataca. Mientras se parlamentaba de este modo, el pueblo, viendo que no se presenta su diputado, comienza á irritarse, hasta que por fin se deja ver y apacigua á la multitud. Eran ya las once de la mañana cuando salió de la Bastilla; y apenas transcurrida media hora, llega un nuevo grupo de gente armada gritando: «¡Queremos la Bastilla!» La guarnición intima á los sitiadores que se retiren, pero ninguno obedece. Dos hombres suben intrépidamente al tejado del cuerpo de guardia, y á fuerza de hachazos rompen las cadenas del puente, que cae con estrépito; precipítase la multitud y corre al segundo para fran-

trada á un destacamento de milicia parisiense, fundándose en que toda fuerza militar de París debe estar bajo la dependencia de la ciudad. Las dos diputaciones llegan sucesivamente; en medio de aquel asalto popular era difícil entenderse; el redoble del tambor y la vista de una bandera bastan para suspender algún tiempo el fuego; los diputados avanzan; la guarnición los espera, pero es imposible explicarse. Han partido algunos tiros sin que se sepa de donde; el pueblo, creyéndose vendido, se precipita para incendiar la fortaleza; la guarnición dispara entonces con metralla, y en esto llegan los guardias franceses con cañones para comenzar el sitio en toda regla.

Mientras sucedía esto, intercéptase cerca de la casa Ayuntamiento un mensaje dirigido por el barón de Besenval á Delaunay, gobernador de la Bastilla, en el cual encarga á éste que resista, asegurándole un pronto auxi-